
WEBER COMO EDUCADOR

Quisiera presentar a continuación dos textos inéditos de Max Weber. El primero es el *Preámbulo* a la nueva época de la revista *Archiv für Sozialwissenschaft und Sozialpolitik* (Archivo para la ciencia y política social)¹, que se comienza a editar en 1904, fecha en la que Weber publica dos de sus obras capitales: *La ética protestante y el «espíritu» del capitalismo* y el artículo sobre la objetividad cognoscitiva que sale en el mismo número que el *Preámbulo*. El segundo texto es, a su vez, doble. Se trata de un proyecto de investigación, o mejor dicho, de dos, cuya realización Weber propone a la recién fundada *Deutsche Gesellschaft für Soziologie* (Sociedad Alemana de Sociología)². En ellos se esbozan las líneas fundamentales para el estudio de dos fenómenos de carácter sociocultural de notable importancia para el hombre moderno: la prensa y el asociacionismo. Puede decirse, pues, que

¹ Véase «*Geleitwort* (der Herausgeber zum Übergang des Archivs für Soziale Gesetzgebung und Statistik auf die neuen Herausgeber W. Sombart, M. Weber und E. Jaffé)», en *Archiv für Sozialwissenschaft und Sozialpolitik*, edit. por W. Sombart, M. Weber y E. Jaffé, vol. 19 Band, núm. 1, pp. 1-7, Tübingen y Leipzig: J. C. B. Mohr (Paul Siebeck), 1904.

² Cfr. en *Verhandlungen des Ersten Deutschen Soziologentages vom 19-22-Oktober 1910 in Frankfurt a. M.*, S. 39-62, Tübingen: J. C. B. Mohr (Paul Siebeck), 1911. Sobre la *Sociedad Alemana de Sociología*, véase Paul HONIGSHEIM, «Die Gründung der Deutschen Gesellschaft für Soziologie in ihren geistesgeschichtlichen Zusammenhängen», en *Kölner Zeitschrift f. Sozialw. u. Sozialp.*, 11 (1959), pp. 3-10.

ambos proyectos de investigación constituyen sendas contribuciones de un clásico de las ciencias sociales a dos ámbitos temáticos de actualidad como son la *sociología de la prensa* (y, en general, de los *mass-media*) y la *sociología del asociacionismo*.

1. Según testimonio de Marianne Weber³, el *Preámbulo* fue escrito por Weber para la revista que su amigo y joven colega Edgar Jaffé había comprado a Heinrich Braun. Ese mismo verano, Friedrich Naumann sufría su segunda derrota electoral y con él decaían las esperanzas que Weber tenía puestas en la formación de un gran partido de masas sobre la base de un nacionalismo renovado y con suficiente madurez para plantear y ejecutar la política internacional que, a su juicio, necesitaba Alemania. Tal era el trasfondo de la decisión de Weber al aceptar la proposición de Jaffé de entrar a formar parte, junto con Sombart y el mismo Jaffé, de la redacción de la revista. En él hace Weber una exposición razonada de la nueva línea que tomará ésta. Creo que es acertado suponer que esa nueva orientación de la revista está en relación con la suya propia y con la constitución de su programa científico. Efectivamente, en 1904 tiene lugar la inflexión del Weber jurista, historiador y economista al Weber sociólogo. De ahí el interés del *Preámbulo*, del que subrayamos los siguientes puntos: el diagnóstico de la época «caracterizada por el avance del capitalismo» y el papel de las ciencias sociales como ayuda imprescindible para la modernización social, entre otros.

Nos ocuparemos brevemente de este segundo punto por su relación con el concepto de neutralidad valorativa. En el *Preámbulo* dice Weber que el avance de la extensión social del capitalismo hace necesarias transformaciones sociales tanto relativas a readaptar viejas instituciones y situaciones como a integrar al proletariado en la comunidad cultural de la nación. Para ello es imprescindible la ayuda de la ciencia social. Poner la ciencia al servicio de algo puede sorprender a quien entienda aún el postulado de la neutralidad valorativa de un modo absoluto, esto es, como a-perspectivismo o a-valoratividad. El postulado de la neutralidad valorativa no pretende ser una neutralidad absoluta, sino que consiste en la separación de dos esferas, la de las valoraciones de la de los hechos, separación que tiene el carácter de *ideal* y que, por lo tanto, nunca es absolutamente alcanzable. El resultado es una neutralidad relativa, concretamente, relativa a lo que hay, que pone de manifiesto una actitud hacia la realidad que estudia: en la medida en que se pretende actuar en los procesos sociales se ha de ser neutral, para no crearse falsas expectativas y poder evaluar la manera más idónea de

³ Véase Marianne WEBER, *Lebensbild*, Serie Piper, Munich, 1989, pp. 289 y ss., editado con la misma paginación de la edición de J. C. B. Mohr (Paul Siebeck) de 1984. La importancia de este *Preámbulo* para la comprensión de la obra de Weber ha sido valorada únicamente por Pasquale Paschino, en M. LOSITO y P. SCHIERA, *Max Weber e le scienze sociali del suo tempo*, Il Mulino, Bologna, 1988, pp. 101-108.

incidir sobre ella. De ahí una afinidad con la *Realpolitik*, como se pone de manifiesto en el texto⁴. Weber denuncia el partidismo de sus colegas que al mezclar juicios valorativos con la realidad no pueden hacerse una idea ni de las posibilidades reales de hacer triunfar sus ideas en la realidad ni, por otra parte, son conscientes de hasta qué punto sus deseos influyen en su visión de la misma, pero no afirma la posibilidad de un conocimiento sin un punto de partida parcial y perspectivista. En ninguna parte de su obra nos dice claramente cuál es su propio punto de partida. El lugar donde éste aparece más claramente desarrollado es en este *Preámbulo*⁵.

2. Los proyectos de investigación están precedidos por un *informe* a la Sociedad Alemana de Sociología. Las consideraciones con las que éste comienza ponen de manifiesto un notable escepticismo frente a fundaciones apresuradas o demasiado apriorísticas de las ciencias sociales. Aunque años más tarde, al comienzo del capítulo I de *Economía y Sociedad*, dedicado a los conceptos metodológicos fundamentales, definiese la sociología como ciencia de la acción social, pocas líneas después trasciende este planteamiento al introducir el concepto de *chance*, el de *relación social* y, en general, el de *orden y poder social*. El alejamiento es aún más patente en la *sociología de la religión*.

Parece, pues, correcto afirmar que el concepto de acción social no ha de entenderse desde una concepción atomista del individuo. Antes bien, lo que interesa a Weber es estudiar los poderes sociales conformadores de los individuos concretos. Por ello estimo que «actuar social» traduce mejor el original alemán (*soziale Handeln*) que «acción social»⁶. Aunque en sus últimos escritos metodológicos se aproxime a un enfoque más sistemático, sigue mostrando importantes diferencias (mi opinión es que estas diferencias son radicales, por lo que no valdría la tesis de que la mayor sistematicidad se explicaría por una mayor madurez de su pensamiento y que Weber tenía ya en proyecto la elaboración de una sociología sistemática) con cualquier teoría que parta de una esencia última del todo social. Aparte de la crítica

⁴ Años más tarde, sin embargo, subrayaría que la *Realpolitik* no consiste meramente en adecuar los objetivos a lo que es realmente posible (véase M. WEBER, *Sobre la teoría de las ciencias sociales*, Península, Barcelona, 1977, p. 128), actitud que, evidentemente, no es capaz de regenerar el tejido social proponiendo objetivos desde dentro.

⁵ Con ello no se quiere afirmar que toda su obra se explique a partir de él. Creo que las posibilidades de que una obra teórica se deje reducir a una única motivación y explicarse genéticamente a partir de ella son muy pocas. Más bien suele ser frecuente constatar más de una motivación, todas ellas «centrales» y, a la vez, discordantes. Pero no cabe duda que ofrece una perspectiva para entender aspectos capitales, sobre todo por lo que se refiere a la concepción de la misma. El peso real de la influencia del punto de partida en la construcción de la obra constituiría una investigación que desborda el marco de este comentario.

⁶ La recepción americana de Weber ejerció, creo yo, una notable influencia en esa acepción. Weber usa el verbo (*Handeln*=actuar) y no el sustantivo (*Handlung*=acción). «Actuar social» o «actuar en sociedad» ha sido ya propuesto por F. FERRAROTTI, *L'orfano di Bismarck*, Editori Riuniti, Roma, 1982, p. 41.

al materialismo histórico, véase su posición frente al funcionalismo (organicista) de su época:

«Respecto a las “formas sociales” (en contraste con los “organismos”), nos encontramos cabalmente, más allá de la simple determinación de sus conexiones y “leyes” funcionales, en situación de cumplir lo que está permanentemente negado a las ciencias naturales (en el sentido de la formulación de leyes causales de fenómenos y formaciones y de la explicación mediante ellas de los procesos particulares): la comprensión de la conducta de los individuos partícipes; mientras que, por el contrario, no podemos “comprender” el comportamiento, por ejemplo, de las células, sino captarlo funcionalmente, determinándolo con ayuda de las leyes a que está sometido. *Este mayor rendimiento de la explicación interpretativa frente a la observadora tiene ciertamente como precio el carácter esencialmente más hipotético y fragmentario de los resultados alcanzados por la interpretación. Pero es precisamente lo específico del conocimiento sociológico»* (Max Weber, *Economía y Sociedad*, tomo I, FCE, México, 1944, p. 13; la cursiva es mía, J. R. M.).

3. En cuanto al esbozo de investigación sociológica sobre la prensa y su significación cultural, cabe destacar los siguientes bloques temáticos.

En primer lugar se proponía investigar qué tipos de problemas se trataban en los medios de comunicación y cuáles no, y de estudiar esto en relación con la ideología del periódico. A continuación se centra en torno a la cuestión de si el aumento de la capitalización de los medios informativos traería consigo una mayor influencia en la formación de la opinión pública. La cuestión inversa, esto es, la de la dependencia financiera de los medios de comunicación respecto de sus consumidores (distinta, a su vez, según que éstos sean abonados o no), es también tenida en cuenta. Un tercer bloque temático sería el del conflicto de intereses entre el periodista por darse a conocer y el periódico por no depender en demasía en sus tiradas de determinados periodistas particularmente conocidos. La siguiente cuestión, la más profunda, como él mismo dice, hace referencia a los efectos de la prensa, tal y como ésta existe en las sociedades modernas. Tales efectos habrían de ser observados en el destino y carrera profesional de los periodistas y, sobre todo, en la configuración cultural del hombre moderno y en los valores culturales de la época.

En cuanto al procedimiento empírico, hay que señalar que éste se constituye complementando, con un gran sentido común, la investigación cuantitativa con la cualitativa, si bien el carácter de esbozo de los proyectos de investigación no permite sacar mayores conclusiones.

El proyecto no llegó nunca a realizarse, y no por falta de dinero, pues Weber logró reunir los 25.000 marcos que costaba (véase al final del

Informe). Tampoco influyeron en ello los preparativos de la Primera Guerra Mundial. En un artículo reciente ha puesto de relieve Bernhard Obst⁷ que se debió a un pleito que tuvo con un tal A. Koch, que a la sazón daba clases de ciencia del periodismo en Heidelberg, ciudad en la que se hallaba Weber desde 1897. La razón fue que Weber no invitó a Koch a participar en la investigación, según él porque así lo había decidido la máxima autoridad en esa disciplina así como la Academia de Ciencias de Heidelberg⁸. También es cierto que A. Koch había tenido que luchar dos años contra la oposición de la Facultad de Filosofía de Heidelberg debido a su confesionalidad hebrea hasta que en 1897 consiguió dar clases prácticas de periodismo, siendo el primero que lo hizo en Alemania⁹.

4. Por último, llegamos al proyecto de investigación concerniente a la significación cultural del asociacionismo. Tras constatar la importancia cuantitativa de las asociaciones en la sociedad moderna («el hombre de hoy es [...] un hombre de club») y ubicarla entre, por un lado, el Estado y, por otro, la comunidad familiar, señala cuál es el prototipo de toda asociación: la secta.

«La democracia en América no es un montón de arena sino una maraña de sectas exclusivistas, asociaciones y clubs, que sustentan la selección de los que se han adaptado, en general, a la vida americana;

⁷ Véase su artículo en Ruediger vom BRUCH, *Von der Zeitungskunde zur Publizistik*, Haag und Herchen, Frankfurt a. M., 1986, pp. 45-62.

⁸ Cfr. B. OBST, *op. cit.*, p. 52.

⁹ Los sucesos que dieron lugar al pleito fueron terriblemente intrincados, y no aportan nada de interés teórico. En sí no pasan de ser un *chisme* que, quizá, tenga su moraleja. Siempre siguiendo la investigación de Ruediger vom Bruch, parece ser que todo comenzó a raíz de los primeros encuentros del movimiento feminista en Heidelberg, una de cuyas dirigentes era Marianne Weber, esposa de Max. En el periódico local apareció, algunos días después, una carta de un lector anónimo en la que se hacían afirmaciones bastante cínicas sobre el feminismo. Una de las dirigentes escribió una dura respuesta, lo que a su vez dio lugar a que el historiador A. Ruge publicase un artículo en defensa del anónimo lector afirmando que el movimiento feminista estaba compuesto por «solteronas, mujeres estériles, viudas y judías» (*op. cit.*, p. 50), en todo caso no por madres que cumpliesen con sus deberes como tales. El matrimonio Weber, que no había tenido hijos, se sintió personalmente aludido, particularmente Marianne. Si a ello se añade que, como la propia Marianne insinúa aquí y allá en su biografía, Weber era el responsable de la esterilidad matrimonial, no es de extrañar que éste entendiéndose que tras ese anónimo había una alusión a su impotencia. Marianne, con la colaboración de su marido, escribió una dura carta contra Ruge, lo que provocó que éste retara a duelo a Max Weber. Como quiera que éste no había firmado ningún artículo, se conformó Ruge con realizar una queja pública por injuria. Tres periódicos, movidos por el sensacionalismo de la noticia, publicaron, sin embargo, que Weber había rechazado el duelo por razones de salud. Este, que tenía en alta estima el código del honor, les exigió que publicasen un *Dementi*, lo que hicieron todos menos uno que dijo estar bien informado por alguien del mundo académico de Heidelberg (que resultó ser, evidentemente, A. Koch). El resultado fue que Weber se enemistó con parte del mundo de la prensa y que Koch fue expulsado de la universidad. La sociología de la prensa se vio privada del notable impulso que hubiera significado la investigación planeada por Weber y las ciencias de la información de un notable pionero.

la sustentan ayudándoles a adquirir maestría en los negocios, en la política y, en general, toda suerte de maestría en la vida social» (véase la *Sociología de la prensa* en este mismo número).

El término *selección*, como se pone de manifiesto más adelante, no quiere decir que las sectas apoyen secretamente a determinados adeptos, «colocándolos» en las altas esferas de la política y la economía. «Selección» se refiere más bien a los efectos que la pertenencia a una asociación ejerce en el tipo de personalidad del individuo: qué valores, actitudes, motivaciones y, en general, maneras de comportarse socialmente son potenciados o reprimidos en cada caso. Con otras palabras, qué tipo de actuar social suscitan.

5. El siguiente grupo de problemas lo constituyen la propia relación de dominación en el interior de la asociación («toda asociación [...] consiste en una relación de dominación entre hombres»; véase la *Sociología de la prensa*). Esta vez la cuestión es, pues, quiénes son los que ostentan el poder de hecho y de qué medios se valen (recuérdese que las asociaciones son de carácter voluntarista) para conseguir la lealtad de los otros miembros. Ya hemos dicho que no tiene una concepción general y sistemática de la sociología, por lo que el enfoque que le da al tema de las asociaciones es decisivo para entender el que adopta cuando habla de la sociedad en general¹⁰. No se trata de una falta de sistematicidad, sino que la ausencia de un concepto tal se corresponde con una firme actitud escéptica frente a toda concepción sustantiva de «sociedad». Al igual que las asociaciones, de ahí su importancia para el enfoque de lo social en Weber, el núcleo de la sociedad lo constituyen un conjunto de relaciones de dominación.

La tensión que se aprecia en el *Preámbulo* entre el conocimiento histórico y el teórico, a la que Weber elude dar una solución a nivel de principios en favor de una actitud pragmática basada en el estado de la investigación¹¹, hace pensar que Weber (al igual que Marx) no consideraba superable la dimensión histórica en la concepción de lo social. Igualmente, la definición de teoría en sentido estricto («formación de conceptos claros»; véase *Preámbulo*) también pone de manifiesto lo poco escolástica que era su pretensión teórica. Afines a esto son también las afirmaciones que hace en el *Informe* relativas a la descentralización del trabajo científico dentro de la Sociedad Alemana de Sociología.

¹⁰ Weber compone la segunda parte de *Economía y Sociedad* (que, en principio, iba a ser todo, y lo hubiera sido si no es porque Weber tiene que ampliar su contribución por circunstancias ajenas a su voluntad, como la muerte de von Philippovich, uno de los muchos colaboradores) entre 1911-1913. Su núcleo central es la *sociología de la dominación*. Para más detalles, véase J. WINCKELMANN, *Max Webers hinterlassenes Hauptwerk*, J. C. B. Mohr (Paul Siebeck), Tübingen, 1986.

¹¹ «Al hambre de hechos sociales que aún padecían los mejores de la generación anterior ha sucedido, al hilo del despertar del interés filosófico en general, un hambre de teorías sociales [...]» Véase más adelante el *Preámbulo*.

Quedaría, pues, abierta a nuevas lecturas la cuestión de cómo concibe Weber la integración social, si es que ésta es algo más que el efecto producido por la reificación del método individualizante de conceptualización de lo social y, por otra parte, algo más que una mera relación de poder que acabaría explicándolo todo. Convendría, pienso, echar de nuevo un vistazo a algunos conceptos que Weber utiliza en pasajes estratégicos de su obra, tales como *afinidad electiva* y *consecuencias no queridas de la acción*.

En los últimos años se ha intentado reconsiderar el *approach* weberiano entre los polos del individualismo metodológico y el holismo. Así, por ejemplo, W. Schluchter y R. Münch. El primero propone el concepto de *historia social* (*Gesellschaftsgeschichte*), a medio camino entre la teoría de la racionalización y la de la diferenciación social¹². El segundo propone el de *interpenetración*¹³: un fenómeno social nuevo surge por interpenetración, esto es, por la unión de varios factores heterogéneos, en sí pertenecientes a esferas diferenciadas y que tienen habitualmente lógicas distintas. Cuanto más alta sea la probabilidad de que se den tales interpenetraciones, más diferenciado aparece el todo social. La cuestión queda de momento planteada, ya que nos llevaría más allá de los límites de este artículo¹⁴.

6. Se pregunta también por la relación de cada tipo de asociación con una forma de ver la vida. En este área de problemas le interesa particularmente constatar «la tragedia de todo intento de materialización de ideas en la realidad», a saber, la objetivación del carisma y su apropiación por grupos de intereses. Este será el hilo conductor de los estudios que componen la *sociología de la religión*.

Al final aborda la cuestión que más le interesa, la misma que en el anterior proyecto de investigación sobre la prensa: la de las repercusiones del fenómeno del asociacionismo en el tipo humano y en los valores de su época.

¹² «Un análisis de la concatenación de principios estructurales sin aspiraciones histórico-universales lo denomino, en conexión de la reciente sociología histórica, historia social.» Cfr. W. SCHLUCHTER, *Die Entwicklung des okzidental Rationalismus*, J. C. B. Mohr (Paul Siebeck), Tübingen, 1979, p. 13.

¹³ Véase R. MÜNCH, *Theorie des Handelns*, Suhrkamp Verlag, Frankfurt a. M., 1982, pp. 31 y ss.

¹⁴ Aunque no tenga un concepto sustantivo de lo social, sí tiene, sin embargo, una «impresión» de esta realidad empírica de referencia. Esta se corresponde con lo que Rickert llamaba *continuo heterogéneo*. Con este término hace referencia al hecho de que en la realidad histórico-social se hallan indisolublemente entrelazados causas y estructuras heterogéneas, naturaleza y espíritu, por decirlo sumariamente.

EL PROBLEMA CENTRAL DE WEBER

Se ha afirmado que esta cuestión en torno al «tipo humano» no es sólo la más importante a tratar en estos proyectos de investigación, sino que es capital para toda la obra¹⁵. Esto es, que esta cuestión nos permite ver las distintas partes de su obra como un todo homogéneo y, más aún, que ella es el punto de donde parten y confluyen todos los hilos que entrelazan el conjunto. Si este problema o interés cognoscitivo último no aparece en la obra de Weber se debe a la extrema seriedad con que se tomó el principio de la neutralidad valorativa. Quisiera ocuparme de este punto en el resto del artículo, por lo que considero conveniente una somera exposición del estado de la investigación al respecto.

1. A principios de los años ochenta comenzó un «renacimiento» de los estudios sobre Weber¹⁶ que, frente a la recepción anterior, presenta características novedosas. Si la recepción de los años cincuenta y sesenta estuvo dominada por la interpretación parsoniana de Weber, que explícitamente anuncia una «superación» de éste, y por el rechazo de los marxismos al intelectual burgués por excelencia, con el terminar de la guerra fría y con la decadencia de los macroprogramas (funcionalismo, marxismo), Weber deja de ser considerado una «cantera» para hacer labor de fundamentación aquí o allá, cuando no para dar un barniz clásico a posiciones teórico-metodológicas o a líneas de investigación más puntuales (burocracia, partidos, etc.), y se vuelve a su obra con un renovado interés histórico¹⁷ presidido por la idea de ver en su obra un programa científico y una postura teórico-metodológica no sólo original, sino de actualidad. Así, comienza a constatar en la bibliografía sobre el tema una creciente preocupación por la unidad de la obra y, consiguientemente, por encontrar la clave definitiva que permita comprenderla globalmente¹⁸. En este contexto aparece el texto de W. Hennis que inicia una nueva línea de investigación. Mi intención es exponer la tesis de Hennis y complementarla apoyándome en los textos traducidos, preferentemente en el *Preámbulo*. De este modo espero contribuir a ofrecer una visión de ellos en el conjunto de la obra.

¹⁵ Véase W. HENNIS, «El problema central de Max Weber», *Revista de Estudios Políticos*, 33 (1983).

¹⁶ El término *Weber-Renaissance* aparece ya en W. M. SPRONDEL (y otros), «Soziologie soll heissen...», *Kölner Zeitschrift für Soziologie und Sozialpsychologie*, 32 (1980), pp. 1-11.

¹⁷ En EE.UU. jugó un importante papel COHEN, JERE (y otros), «De-Parsonizing Weber: a critique of Parson's interpretation of Weber's sociology», *ASR*, 40 (1975), pp. 229-241. En Alemania, aunque no trascendiera sus fronteras, ya se había criticado la interpretación parsoniana de Weber. Véase B. SCHILL, *Die Rezeption von Max Webers Lehre vom sozialen Handeln durch T. Parsons*, Diss., München, 1965.

¹⁸ No voy a entrar aquí a considerar las debilidades y dudosas presuposiciones que existen bajo esa expectativa hermenéutica, pues ello nos llevaría demasiado fuera del tema. Me limito, pues, a anunciarlas, pero para la exposición del estado de la investigación sigo la preocupación por la clave interpretativa definitiva (*Deutungsschlüssel*) como hilo argumental.

2. Para Hennis, el problema central de Weber es *el desarrollo del tipo humano occidental moderno*. Este problema no ha de entenderse al modo de una hipótesis central que estuviera presente en cada una de sus investigaciones concretas. Sería más bien un interés cognoscitivo último, del que dependiera la selección del tema, la constitución del objeto de estudio (aunque no exclusivamente) y con el que fuese compatible la metodología¹⁹.

Hennis muestra varios pasajes de diferentes escritos donde aparece formulado el problema central. De todos ellos, a su juicio, el más significativo es éste:

«[...] es indudable que cuando se quiere valorar una ordenación de las relaciones sociales, cualquiera que sea su naturaleza, es preciso examinar siempre y sin excepción a qué tipo humano ofrece las mejores oportunidades para convertirse en dominante a través de una selección externa o interna» (cfr. M. Weber, *Sobre la teoría de las ciencias sociales*, Península, Barcelona, 1977, p. 130).

«Dominante» no ha de ser entendido, como él mismo dice, a la americana, esto es, en el sentido de ver qué individuos concretos y cómo llegarían al poder, sino de qué tipo humano será el (pre-)dominante o, si se me permite la expresión: el *hombre-época* del futuro.

La cuestión del tipo humano como hilo conductor del pensamiento de Weber pone al descubierto una interesante vinculación con Nietzsche. Lo que éste pretendía con su filosofía, «la elevación del tipo humano», aparece en aquél como motivo central de su sociología desde un punto de vista más empírico y desprejuiciado. Pero Nietzsche era un moralista y Weber, aparentemente, no. El problema central así formulado queda algo abstracto y caprichoso. Hennis no da a esto más respuesta que señalar que Weber se ocupa del mismo tema del que se ha ocupado la ciencia política desde Aristóteles: el hombre. Mi opinión es que este problema central no está aislado en la obra de Weber: es más, que es insuficiente por sí solo y, por ello, pienso que ha de ser entendido en relación con otra problemática (tampoco digo que sea la última y definitiva) que lo hace explicable. Trataré de reconstruirla.

WEBER COMO EDUCADOR

En los textos de Weber aparecen constantes referencias al caso de Alemania. Esto ocurre con frecuencia en pasajes importantes de sus inves-

¹⁹ La inversa no es correcta, esto es, no puede afirmarse que a tal objetivo último corresponde un tal método. Sólo se pueden establecer relaciones de compatibilidad y de afinidad. Un ejemplo de esa compatibilidad y afinidad podría ser el estilo expositivo de Weber, donde aparece claramente la elección de un *approach* individualizante y comparativo, siempre preocupado por mostrar lo específico, lo peculiar, lo *típico*.

tigaciones de todo tipo. En algunas, como por ejemplo en las que aquí traducimos, la frecuencia es más intensa, repetitiva. Ciertamente, su enfoque es comparativo. Sin embargo, ese constante comparar hace pensar en una motivación extracientífica que con las comparaciones se satisface. Un país, una cultura, se compara con las que le rodean cuando vive momentos históricos de renovación de su identidad, momentos en los que asume y rechaza modelos, valores de identidad colectiva. Reconstruye su memoria y la imagen de sí²⁰. Las constantes referencias al extranjero para, a continuación, preguntarse por la especificidad de su país, sugieren que tras ello lo que Weber quiere es ejercer algún tipo de influencia sobre su época, más concretamente, sobre el tipo humano dominante en ella. Dado que nunca propone líneas ideológicas concretas, no resulta fácil encontrar el hilo oculto de sus razonamientos. Pero creo que el interés por el tipo humano considerado aisladamente, que se refleja en la elección y desarrollo de un método diseñado para el estudio de lo peculiar y específico, es demasiado contemplativo para quien afirmó que en el campo de las ciencias sociales la mera aceptación de la existencia de un problema científico coincide íntimamente con una orientación determinada de la voluntad de seres vivientes, siendo, pues, las cuestiones prácticas el motivo usual del desarrollo de problemas científicos²¹.

Veamos, pues, si a través del método doy con el motivo buscado. En un único pasaje de su obra aparece ese método individualizante en relación con un *pathos* que, ciertamente, sorprende. En *La situación del agro en la Antigüedad (Agrarverhältnisse im Altertum)* nos dice Weber:

«Quien no considere como cometido *exclusivo* de la “Historia”, por medio de la constatación de que “todo ha existido ya” y de que todas o casi todas las diferencias son cuestión de *grado* —lo cual es cierto—, hacerse innecesario a sí mismo, pondrá todo su énfasis en las diferencias que aparezcan a pesar de todos los paralelismos, y utilizará las semejanzas sólo para descubrir lo peculiar» (citado por la edición de J. Winkelmann en *Max Weber. Soziologie, Universalgeschichtliche Analysen, Politik*. Alfred Kröner, Stuttgart, 1973⁵, p. 32).

Si uno como historiador no acentúa las diferencias, termina «haciéndose innecesario». ¿En qué sentido? ¿Como historiador? Pero, ¿qué es lo que hace el historiador tan necesario que no lo podría seguir haciendo si se fija en lo general y atribuye las diferencias a una cuestión de grado? Merece la pena que citemos el pasaje donde Weber nos lo dice:

²⁰ Véase el caso de la España de los últimos seis años, desde el ingreso en la CEE al «objetivo» 92.

²¹ Véase M. WEBER, *Sobre la teoría de las ciencias sociales*, Península, Barcelona, 1977, p. 21.

«[...] los valores a los cuales el genio científico refiere los objetos de sus investigaciones, serán capaces de determinar la “opinión” de toda una época» (M. Weber, *Sobre la teoría de las ciencias sociales*, Península, Barcelona, 1977, p. 50).

Quien se preocupa por el estudio de las diferencias puede influir en la opinión de una época, cabría decir, puede influir sobre la memoria histórica. Por ello se ocupa del tipo de hombre moderno, de su génesis y su configuración futura.

¿Cómo sería posible precisar ese tipo humano que Weber tenía *in mente*? Una posibilidad consiste en ver si hay en sus textos referencias indirectas a él. Los pasajes en que aparece retratado algún rasgo típico de lo alemán no son muchos. Todos ellos aparecen en contextos donde se está tratando alguna importante cuestión metodológica. Esto nos confirma sobre la pista: el interés por lo tipológico está vinculado a un tipo humano concreto. ¿Cuál es éste? La mejor referencia a él se encuentra en un pasaje del proyecto sobre las asociaciones, cuando se refiere a la asociación coral: el buen ciudadano en el sentido pasivo del término, esto es, el *tipo tradicional* de hombre, obediente a la autoridad y a la costumbre²².

Si se admite que Weber se dirige a ese hipotético tipo humano, ¿qué tiene que decirle con carácter tan urgente como para justificar la necesidad de un enfoque científico? Hacia algunos años, en la *Lección inaugural* de Friburgo de 1895, en un tono que ciertamente se fue suavizando con el tiempo, se preguntaba angustiadamente por el futuro del modo de ser alemán (*Deutschtum*) y por el futuro de las generaciones venideras. Y consideraba que ambos estaban amenazados. Pero no es la desaparición de ese tipo de hombre tradicional lo que le preocupa, sino, antes bien, el hecho de que su persistencia puede poner en peligro el futuro de la cultura alemana. ¿Por qué? La respuesta está en el diagnóstico que tiene Weber de su época.

En ningún otro pasaje de su obra aparece éste con tanta claridad y detalle como en el *Preámbulo*. El diagnóstico es que la época está caracterizada por el avance y penetración del capitalismo. En varias ocasiones afirma, en un texto que realmente debería ser sólo una presentación de la nueva línea editorial de una revista, que la situación histórica dada es inalterable y que ya no hay ningún camino de vuelta hacia el viejo orden

²² Otras referencias al tipo humano tradicional pueden verse en Max WEBER, «R. Stammers “Überwindung” der materialistischen Geschichtsauffassung», *Archiv für Sozialwissenschaft und Sozialpolitik*, 24, 1 (1907), pp. 94-151. La referencia en p. 34. También puede verse Max WEBER, *Ensayos de metodología sociológica*, Amorrortu, Buenos Aires, pp. 163 y ss. El cuestionamiento del tipo humano tradicional está en relación, sin duda, con su viaje a EE.UU., donde se admira del tipo humano que allí la democracia producía (véase Marianne WEBER, *op. cit.*, p. 302). Esta admiración se vincula con la idea que ya le dominara desde su juventud de la necesidad de la *educación política de la nación* (véase Marianne WEBER, *op. cit.*, p. 126).

patriarcal. Lo que esto tiene que ver con su diseño científico aparece claro si releemos el final del artículo sobre la objetividad, publicado, como ya dijimos, en el mismo número del *Preámbulo*. Allí dice que la ciencia, tras haber elegido su campo de problemas y el instrumental metodológico adecuado, es decir, una vez que se ha especializado (Kuhn diría *normalizado*) funciona automáticamente sin tener consciencia de su encadenamiento a las ideas supremas de valor.

«Pero en alguna ocasión se presentará un cambio: el significado de los puntos de vista será entonces incierto, el camino se desvanecerá en el crepúsculo. La luz de los grandes problemas culturales se ha desplazado más allá. Entonces la ciencia se prepara a su vez para modificar su posición y su aparato conceptual [...]» (M. Weber, *Sobre la teoría de las ciencias sociales*, Península, Barcelona, 1977, p. 91).

Creo que esto es lo que hace Weber en la etapa fundacional de 1904 y que esta nueva situación que ha desplazado la luz de los problemas culturales es, sin duda, la que nos describe en el *Preámbulo*. Sin embargo, la vinculación entre el diagnóstico de la época y el interés temático por el tipo humano no aparece claramente si no se conocen las características principales del proceso de transformación de la sociedad tradicional a la sociedad capitalista moderna durante el siglo XIX alemán²³ y, por lo tanto, de la época en que escribe Weber.

Si Marx fue testigo de la irrupción capitalista o primera revolución industrial, Weber lo es de la ruptura estructural definitiva con la sociedad tradicional. Esta ruptura tuvo lugar en un proceso de modernización dirigida o *revolución desde arriba*, por utilizar una expresión de Bismarck que caracteriza acertadamente al siglo XIX alemán. Efectivamente, poco después de la Revolución francesa el ministro prusiano Struensee declaró a un enviado del nuevo gobierno francés: «La saludable revolución que en Francia se ha hecho de abajo a arriba, se realizará en Prusia lentamente de arriba a abajo» (Wehler, *op. cit.*, p. 37). Las primeras medidas racionalizadoras tienen lugar en el sector agrario en virtud de necesidades fiscales del Estado como consecuencia de las guerras napoleónicas. El dirigismo estatal modernizante, motivado por razones de competencia entre Estados, es, más que un intento de solución de problemas económicos, un medio para resolver los problemas internos relativos a una estructura social artificialmente sostenida. A partir de la unificación alemana de 1871, como señala N. Elias²⁴, el país entra en un rápido proceso de nivelación y sobrepujamiento en relación con las grandes potencias de su tiempo. Es la época de los

²³ Véase Hans-Ulrich WEHLER, *Das deutsche Kaiserreich 1871-1918*, Vandenhoeck und Ruprecht, Göttingen, 1983⁵ (1973).

²⁴ Véase Norbert ELIAS, *Studien über die Deutschen*, Suhrkamp Verlag, Frankfurt a. M., 1989, p. 73.

valores prusianos: el sentido del deber, el espíritu de entrega al trabajo, la acción dura y resolutiva, la furia catilinaria de la decisión²⁵.

Acompañando a este proceso de industrialización se había producido, sin embargo, una «feudalización de la burguesía». En 1885, por ejemplo, sólo un 13 por 100 de las grandes propiedades agrarias habían pertenecido durante más de cincuenta años a la misma familia. Asimismo, el *ethos* burgués del «premarzo» sufrió también un proceso de feudalización. El resurgimiento del duelo a finales del XIX y principios del XX es un signo evidente²⁶.

En 1897, el *Congreso evangélico social* organiza una serie de conferencias sobre la situación política y económica de Alemania. A una de ellas, pronunciada por Karl Oldenberg con el título de *Über Deutschland als Industriestaat* (Sobre Alemania como estado industrial), asistió M. Weber. En el debate posterior, si bien éste confiesa no ser un «optimista del capitalismo», afirma que para Alemania no existe otra opción que la de poner el desarrollo capitalista al servicio de la grandeza nacional, pues el futuro habrá de pertenecer sólo a aquellas naciones que lo hagan. Y para ello es condición necesaria que la burguesía se dé cuenta de su destino histórico. Por eso ha de romper con su «poco natural camaradería» con las clases terratenientes y ha de cambiar la «religiosidad burocrática» por un espíritu más propio²⁷.

El problema es, pues, el de la modernización ideológica de la burguesía, particularmente de la burguesía ilustrada, su *intelligentsia*. A ésta es a la que Weber se dirige especialmente y a la que trata de orientar, como Nietzsche al «último hombre». La modernización ideológica no ha de ser entendida como una propuesta partidista concreta. Mi hipótesis es que el proyecto científico de Weber se va articulando en íntima vinculación con un proyecto que cabría denominar modernizador para la Alemania de su época, uno de cuyos aspectos centrales es la re-definición (se podría decir, incluso, *transvalorización*, haciendo clara referencia a la influencia de Nietzsche en los planteamientos weberianos) de valores, señas culturales

²⁵ Weber, declarado enemigo de los *Junker* prusianos, en el fondo no está tan distante de ellos como pudiese parecer a primera vista. F. FERRAROTTI, *op. cit.*, p. 68, afirma que Weber admira los valores prusianos y quiere conservarlos en el modo de ser alemán. Sólo en parte estoy de acuerdo con él. Los valores de la Prusia imperial son absorbidos por él y aparecen en otra forma, y esto no tiene por qué ser un proceso enteramente consciente. Lo interesante es comprobar cómo alguno de esos valores fundamentales son redefinidos (¿transvalorados?) por Weber y cómo en ese proceso se puede apreciar un intento de incidir en la identidad cultural del tipo humano al que se dirige.

²⁶ Sobre el *Bildungsbürgertum* (burguesía ilustrada, a la que pertenecen la mayoría de los intelectuales de la época guillermina), véase N. ELIAS, *op. cit.*, pp. 61-158. También K. VONDUNG, *Das wilhelminische Bildungsbürgertum: zur Sozialgeschichte seiner Ideen*, Vandenhoeck und Ruprecht, Göttingen, 1976.

²⁷ Las frases entrecomilladas corresponden a afirmaciones de Weber. Véase *Verhandlungen des 8. Evangelisch-sozialen Kongresses*, Leipzig, 10 y 11 de junio de 1897, pp. 105-113.

de identidad colectiva, es decir, de un buen número de lugares comunes que constituyen lo típico y, por lo tanto, la memoria de ese grupo social que por definición siempre se siente identificado como la cultura en general: la *intelligentsia*.

«La ciencia empírica no es capaz de enseñar a nadie lo que “debe”, sino sólo lo que puede y —en determinadas circunstancias— lo que “quiere”» (M. Weber, *Sobre las teorías de las ciencias sociales*, Península, Barcelona, 1977, p. 12).

Si le aplicamos esta sentencia a él mismo, no puede sorprendernos el hecho de que su labor científica se desarrollase en íntima vinculación con el diagnóstico de su tiempo y que, a su vez, éste determinase las grandes líneas temáticas y los rasgos decisivos de su posición metodológica²⁸.

Nos quedaría por comprobar si en alguna parte ha dejado Weber una formulación temática con carácter central que pueda extenderse al conjunto de su obra y en la que vincule el tema del tipo humano con el de la necesidad de la modernización ideológica. Creo que en ninguna otra parte aparece tan condensado como en el *Preámbulo*:

«Nuestra revista habrá de considerar el conocimiento histórico y teórico de la significación cultural general del desarrollo capitalista como el problema científico a cuyo servicio se halla» (véase el *Preámbulo*).

Creo que éste no es sólo el objetivo de la línea editorial que él mismo redactó y para cuya colaboración fue llamado, sino que es el marco de intereses cognoscitivos que con mayor capacidad explicativa puede extenderse a toda su obra. La *significación cultural* se refiere a la configuración típica del hombre moderno y, a la vez, al proceso de transformación de los valores culturales. Recordemos que cuando decide entregarse por entero a la ciencia y abandonar la política como vía de influencia su estado de ánimo estaba presidido por la derrota electoral de Naumann. Pero ese cambio no significa que abdique de sus objetivos, sino que quiere transmitirlos de otra manera.

Podría rastrearse en su biografía y en su obra cómo surge y cómo se va formando la idea de modernización o educación ideológica, y cómo se

²⁸ En este contexto nos parece de interés la siguiente observación de A. Giddens: «Se afirma con frecuencia que la obra de Weber representa una respuesta al capitalismo *tardío*. Expresada de esta forma, se trata de una afirmación errónea. De hecho, lo específicamente importante como trasfondo político y económico de los escritos sociológicos de Weber es el *retardo* del desarrollo alemán.» Cfr. en A. GIDDENS, *Política y Sociología en Max Weber*, Alianza Editorial, Madrid, 1976, p. 43.

interrelaciona con el método y los objetivos cognoscitivos. Esto será lo que esboce a continuación.

Es constatable desde sus primeros trabajos (su tesis doctoral versó sobre la génesis de las asociaciones para el comercio) un interés por el tema del capitalismo, lo cual ya ha sido puesto de relieve suficientemente en la bibliografía. También es bastante conocido el hecho de que la primera investigación empírica que Weber hace versa sobre la situación de los campesinos del este del Elba en un momento en que la economía patriarcal, concretamente la comunidad de intereses entre los campesinos y el señor, como dice Weber, se rompe porque por razones de competencia internacional los terratenientes capitalizan sus tierras para hacerlas más productivas, provocando así la proletarización del campesinado. Estos nuevos trabajadores son en su mayoría polacos, y Weber constata que los campesinos alemanes, antiguos pequeños semipropietarios, prefieren irse a las grandes ciudades aun a costa de empeorar sus condiciones de vida. La «magia de la libertad» (*Zauber der Freiheit*) llama Weber a este fenómeno. Sea como fuere, mi opinión es que Weber hace aquí un descubrimiento importante para la orientación de su programa científico: la racionalidad económica no se impone por sí sola tan fácilmente como tanto sus defensores como los detractores piensan, sino que tiene que ver con factores culturales decisivos. Justamente es lo que pide en su lección inaugural de Freiburg: educación política de la nación. En 1898 (tres años después) entra a formar parte del *Congreso evangélico-social*, que estaba formado por teólogos y pastores de la Iglesia evangélica sensibilizados por la cuestión obrera. Por aquellos años es también colaborador de la revista *Die christliche Welt* (Mundo Cristiano), órgano de expresión del llamado «protestantismo libre», una corriente teológica iniciada por A. Ritschl cuyos objetivos, y esto es lo que más nos interesa, eran trabajar por una reconciliación de la cultura moderna, la educación burguesa y el cristianismo evangélico. Uno de estos pastores era F. Naumann, quien decide formar un partido político y cuya derrota electoral es la que, según Marianne, influye en la decisión de Weber de dejar definitivamente la política y dedicarse exclusivamente a la ciencia. La idea de la educación de la nación, principalmente de su sujeto protagonista en una línea modernizadora, continúa apareciendo en las investigaciones de Weber: en su proyecto sobre el asociacionismo²⁹, en su investigación sobre la selección y la adaptación de los obreros a la gran industria, etc. Incluso proyectos de tanta envergadura como la *Sociología de la religión* pueden ser vistos como un intento de ofrecerle al desorientado sujeto de su época imágenes alternativas de otras grandes culturas y de sus respectivos sujetos protagonistas para mostrarle el precio que tendría que pagar por el escapismo de la suya. Incluso la conferencia sobre la ciencia como voca-

²⁹ Véase W. MOMMSEM, *Max Weber: Sociedad, política e historia*, Ed. Alfa, Buenos Aires, 1981, pp. 98 y ss.

ción que diera al final de su vida termina con una exhortación a la entrega al trabajo y al cumplimiento de las exigencias del día.

Donde mejor, sin embargo, aparece la idea de la modernización educadora como trasfondo de su investigación es en *La ética protestante y el «espíritu» capitalista*. Aquí puede apreciarse ese esfuerzo por reconciliar los valores alemanes tradicionales, concretamente el del espíritu de trabajo, con las exigencias que planteaba la nueva situación según su (sólo hoy podemos apreciar hasta qué punto fue certero) diagnóstico. En esta obra, durante bastante tiempo leída como una investigación sobre la génesis del capitalismo, pone Weber de relieve el origen cultural del estilo de vida profesional de las sociedades de sistema económico capitalista, esto es, su origen en la religiosidad protestante. ¿Por qué fue ello tan importante para Weber? La explicación que durante años se manejó es porque con esto rebatía definitivamente las tesis del materialismo dialéctico. Creo que esto no es el motivo central de la investigación; antes bien, creo que impide entender qué es lo que Weber quería poner de relieve. El centro secreto del texto se hace accesible si uno se pregunta simplemente: ¿de qué va *La ética...?*, para, seguidamente, disponerse a subrayar los pasajes donde haya dejado dicho, más o menos precisamente, qué es lo que quería hacer. Sería prolijo reproducirlos aquí todos, pues superan la veintena. ¿Por qué tanto rodeo, tanto tanteo? Si la motivación hubiese sido proporcionar una prueba para contradecir la tesis marxista, se dice y basta. Si Weber oculta la razón es porque, como él mismo dice en muchos pasajes de la obra donde llega a lo que él realmente piensa, a lo que interiormente le importa, ésta se encuentra ya en el terreno de los juicios de valor y las consideraciones personales. Por lo tanto, reconsideremos lo que Weber ha puesto de relieve en su investigación, que, en suma, no es sino el efecto de un determinado tipo de educación, concretamente la educación ético-práctica del protestantismo ascético, en el estilo de vida profesional del hombre moderno.

Tras un examen cuidadoso de los nexos causales que pueden aparecer tras una primera lectura, lo que ahí se dice es que el específico hombre moderno de la época capitalista ha de ser comprendido en relación con la aparición de la religiosidad puritana, sobre todo con sus consecuencias ético-prácticas. No, ciertamente, porque entre ambos haya una relación mecánica causa-efecto, sino porque el protestante ascético es la primera expresión (*Ausprägung*) clásica, y por ello la que da la pauta, de un nuevo tipo de individualidad histórica no reductible al marco explicativo de la sociedad tradicional. Podría decirse que la coincidencia de un sistema económico con este tipo humano es, similar a la de significativo y significado, de donde surge la unidad de sentido, la significación de la época capitalista. Sólo para el puritano tuvo un sentido el incipiente mundo capitalista, más allá del obligado pragmatismo o del cinismo. Por eso, aunque Weber no propone la vieja ética social del protestantismo ascético

como ideal (el *desencanto* del mundo había trabajado en contra de los fundamentos religiosos de la misma)³⁰, sí afirma que si el hombre moderno no quiere renunciar a entender su estilo de vida en el cosmos del orden económico capitalista no puede por menos que mirarse en el espejo del viejo ascetismo intramundano de las sectas protestantes³¹.

Por supuesto, Weber no se hubiera sentido motivado a realizar una investigación tal si el hombre de su época no se encontrase realmente desorientado y como habiendo perdido los hilos de su destino. Recuperar el viejo «espíritu» era importante no sólo porque estaba siendo casi olvidado, sino rechazado y, cabría decir, repudiado de la comunidad cultural alemana. Poco antes que él, en 1902, había publicado su amigo y colega W. Sombart la primera edición de su monumental *Die Entstehung des Kapitalismus* (La génesis del capitalismo), donde no sólo se trata muy por encima la cuestión del espíritu (vale decir mentalidad) capitalista, sino que se la atribuye a la cultura hebrea. La idea no era novedosa, lo decisivo era el uso estratégico que se hacía de ella. Precisamente los círculos conservadores de la Iglesia evangélica, concretamente el famoso predicador Stoecker, hacían uso de ella para conseguir la «vuelta» de las masas trabajadoras y pequeño-burguesas a la vieja Iglesia tradicional, sustrayéndolas así a la influencia de la socialdemocracia. Estas ideas habían encontrado, lógicamente, eco entre los *Junker*, la vieja clase dirigente prusiana que, a juicio de Weber, estaban llevando al país al desastre por mantener su posición dirigente cuando la historia ya les había superado. Esta es la razón que le lleva a Weber a compatibilizar el «espíritu» capitalista con la tradición cultural alemana.

RECAPITULACION FINAL

Trataré, por último, de resumir la hipótesis que he desarrollado:

1. En el siglo XIX alemán se llega al capitalismo por modernización dirigida. La modernización es realizada por los funcionarios de lo que ya Federico el Grande calificara de *Kulturstaat* (Estado ilustrado) que privan a la burguesía de su función específica.

2. Con el cambio estructural de finales de siglo se pone de manifiesto que la clase dirigente alemana estaba llevando al país a un callejón sin salida. Es el momento en el que Weber (y, en general, los jóvenes del *Verein*

³⁰ En carta a Von Harnack de 1906 afirma que «el hecho de que Alemania no haya seguido, de ningún modo, la escuela del duro ascetismo es la fuente de todo aquello que odio en ella y en mí mismo». Véase W. MOMMSEM, *Max Weber und die deutsche Politik*, J. C. B. Mohr (Paul Siebeck), Tübingen, 1974², p. 100.

³¹ Véase Max WEBER, *Ensayos sobre sociología de la religión*, tomo I, Taurus, Madrid, 1983, p. 106.

*fur Sozialwissenschaft und Sozialpolitik*³²) aboga por la modernización del país a tres niveles: socioeconómico, político e ideológico.

3. Esta modernización ideológica lleva a Weber a dar importancia como objeto de investigación a la significación cultural del avance del capitalismo, y en este contexto hay que entender su temática del tipo humano de la cultura moderna. Consideramos que ésta es una de las motivaciones extracientíficas más decisivas de su obra.

4. En las obras más tardías de Weber se observa un ensanchamiento de la perspectiva y una reconsideración de los problemas del hombre moderno, vale decir, de la configuración de su tipo dominante, desde los planteamientos nietzscheanos. La problemática de la modernización se engloba en la noción de *responsabilidad ante la historia*, y la preocupación por el tipo humano, por el «último hombre», es vista desde la problemática nietzscheana del nihilismo, que en Weber se expresa como *desencanto del mundo*. Creo que, en definitiva, la interrelación de ambas problemáticas nos ofrece el marco más adecuado para entender el conjunto de su obra en el contexto de su época que, en una gran medida, sigue siendo todavía la nuestra.

Javier RODRÍGUEZ MARTÍNEZ
UNED

³² *Asociación para la ciencia y la política social*. Su función sería la de consejero en materia de legislación político-social y estaba dirigido a la sazón por Gustav von Schmoller, cabeza de la corriente denominada *socialistas de cátedra*.
